

cordato por medio de las leyes orgánicas. Paso delicado, cuya importancia excedía á todos los hasta entonces dados con éxito.

Reservándose en su despacho la cuestion del concilio de París, Napoleon trató de ir madurando lo que él calificaba en sus confidenciales conversaciones de *debilidad del Papa*.

En 1812 Pio VII recibió orden de trasladarse á Fontainebleau. En la cumbre del monte Cenis el augusto anciano enfermó; su existencia llegó á inspirar serios temores, hasta el punto de administrársele el santo Viático.

No obstante, el viaje no fue suspendido. El Papa moribundo era arrastrado en incómodo carruaje por senderos difíciles, en los que no exhaló el último suspiro porque el Señor le tenia reservados dias de gloria extraordinaria.

El dia 20 de junio Fontainebleau recibió al ilustre cautivo.

Llegado á su nueva cárcel, que esta vez era alcázar opulento, el Emperador dió al Obispo de Nantes la orden de preparar el ánimo del Pontífice. El mismo Napoleon acompañado de María Luisa se trasladó á la prision de Pio VII; se arrojó á sus brazos, besó su mano y sus mejillas, y se manifestó profundamente conmovido ante los males que amenazaban á la Iglesia.

Jamás la hipocresía se revistió de tan repugnante cinismo como en Bonaparte durante sus conferencias con Pio VII.

El dia 25 de enero de 1813, prévia consulta de los cardenales de la situacion, Pio VII se declaró resignado á firmar algunas concesiones con el carácter de *artículos preliminares*, y con la condicion de quedar en secreto semejante concesion.

La villanía mas astuta manchó aquel dia los anales ya nada limpios de las negociaciones diplomáticas.

Pio VII en aquel dia firmó la abdicacion de su soberanía romana.

Convino en residir la mayor parte del tiempo en el lugar de Francia que le pareciera mas oportuno al Emperador.

Concedió á los metropolitanos el derecho de confirmar los nombramientos de los arzobispos y obispos nombrados por el Emperador, si el Papa no los habia instituido y confirmado dentro del plazo de seis meses.

¡Enormes concesiones! ¡Triste situacion la del Papa que habia sucumbido á las intrigas que para arrancárselas se habian urdido!

Á pesar de haberse convenido que la estipulacion tendria el carácter de reservada, Napoleon la publicó inmediatamente para evitar sin duda que el Papa retrocediera del camino peligroso en el que se le iba introduciendo.

Empero no bastó la publicacion del acuerdo; al contrario, el grito universal de reprobacion arrancado por la indignacion de todos los hombres honrados llegó á oidos de la augusta víctima; algunos cardenales fieles á los intereses de la Iglesia romana pudieron penetrar hasta á la presencia de Su Santidad. Pio VII se convenció al oírlos de que no sin fundamento su conciencia se hallaba turbada despues de haber cedido.

Recobrada la libertad de espíritu, que es la primera y la mas trascendental de las libertades, Pio VII tuvo valor de escribir á Napoleon I una carta de retractacion, en la que con sencillez admirable y edificante franqueza explica la situacion de su alma despues de haber puesto la firma á las insostenibles concesiones:

«Señor, dice en ella, ... impulsado por el deber, con la sinceridad y la fran-

queza propias de nuestra dignidad y de nuestro carácter, declaramos á V. M. que desde el 25 de enero, fecha de nuestra firma de los artículos que debian servir de base al tratado definitivo á que allí se alude, los mayores remordimientos y el arrepentimiento mas vivo no han cesado de despedazar nuestro corazon, que no puede encontrar ni paz ni descanso...

«Una sola idea moderaba nuestra aficcion; era la esperanza de remediar, por el convenio definitivo, el daño que acabábamos de hacer á la Iglesia firmando estos artículos. Mas ¿cuán profundo no debió ser nuestro dolor cuando, con sorpresa nuestra, á pesar de lo estipulado entre ambos, hemos visto publicado con el título de Concordato unos artículos que no eran sino las bases de un arreglo futuro? Gimiendo en lo mas profundo de nuestra alma en ocasion del escándalo dado á la Iglesia por la publicacion de dichos artículos, convencidos de la necesidad de repararlo, solo por prudencia, solo para evitar la precipitacion en tan capital negocio nos abstuvimos de manifestar inmediatamente nuestros sentimientos y de hacer nuestras reclamaciones...

«En presencia de Dios, ante el cual pronto deberémos rendir cuenta del modo como hemos ejercido la autoridad de que nos revistió, haciéndonos vicario suyo para gobernar su Iglesia, declaramos, con toda sinceridad apostólica, que nuestra conciencia se opone invenciblemente á la exencion de los artículos contenidos en el escrito del 25 de enero. Reconocemos con dolor y confusion que no sería para *edificar*, sino para *destruir*, para lo que usaríamos de nuestra autoridad si tuviéramos la desgracia de ejecutar lo que imprudentemente prometimos, no con ninguna intencion mala, que de esto Dios nos es testigo, sino por la debilidad, como ceniza y polvo que somos.

«Con ocasion al escrito firmado por nuestra mano, recordamos á V. M. las mismas palabras que nuestro predecesor Pascual II dirigió en su breve á Enrique V en favor del que habia otorgado tambien una concesion que con justo título excitaba los remordimientos de su conciencia; Nos repetirémos con él: «Reconociendo nuestra conciencia que nuestro escrito es malo, Nos lo confesamos malo; y con la ayuda del Señor deseamos que sea inmediatamente «rasgado á fin de que no resulte de él perjuicio ninguno á la Iglesia ni á «nuestra alma.»

Pio VII echó en este documento una atenta ojeada sobre los artículos convenidos, haciendo notar lo indispensable que era modificar unos y anular otros, puesto que muchos contienen insostenibles injusticias.

Pio VII repartió en Fontainebleau una *alocucion* fechada el 24 de marzo del mismo 1813, en la que notificaba al sacro Colegio la anulacion del acta de enero, y su carta escrita en este sentido al Emperador.

Despues de este acto reparador Pio VII encontró la paz del alma, que habia perdido; posible era que la ira del Emperador fuese fatal á sus intereses particulares y personal bienestar; pero su conciencia, libre ya, preferia todas las vejaciones materiales á la mordedura de su conciencia, que dia y noche protestaba en nombre de la Religion divina y hasta del decoro humano.

El Papa radiante de satisfaccion esperaba el martirio.

Napoleon, despues de algunos desahogos que le eran característicos ante cualquier obstáculo que se levantara contra la realizacion de sus proyectos, obró como si no hubiera recibido la carta de Pio VII.

Dos decretos fueron publicados con posterioridad á la anulacion del tratado: el uno declarando ley del imperio el *concordato*, así lo calificaba, de Fon-

tainebleau; el segundo declarando al mismo concordato extensivo á todos los arzobispados, obispados y capítulos del imperio en Italia.

Pio VII protestó por medio de una alocucion enérgica.

Trazas tenia de perpetuarse el cautiverio de Pio VII, cuando el Dios de los ejércitos determinó eclipsar la estrella de la prosperidad de las armas napoleónicas. Las desgracias de Napoleon en Rusia abrieron las puertas del cautiverio del Pontífice, que voló hácia Roma, donde fue recibido con transportes de entusiasmo. El día 24 de mayo de 1814 Pio VII bendijo otra vez al pueblo romano.

Cuando Luis XVIII se halló algo sólidamente constituido en el trono francés, despues de la doble caída de Napoleon I, Pio VII se ocupó sériamente de la reforma administrativa de sus Estados.

Por el *motu proprio* de 1816 prometió un código civil, un código penal, un código mercantil y un código de procedimientos, conforme á las justas exigencias de los tiempos, cuyas circunstancias inutilizan á veces unas medidas antes ineficaces, y reclaman como indispensables otras que antes hubieran sido inútiles.

Obra de Pio VII fue el concordato francés de 1817; obra suya el concordato con el Piamonte; obra suya el convenio con la Rusia, relativo á los negocios religiosos de la Polonia.

En fin, no cesó de dar pruebas evidentes de celo é inteligencia en el gobierno del Estado, hasta el último día de su vida, que fue el 6 de julio de 1823.

Tal es, en resúmen, la vida del ilustre Pontífice, cuyos ejemplos y consejos, cuya benevolencia y autoridad ejercieron digna influencia en la historia del que es hoy su inmortalizado sucesor.

La divina Providencia dispuso que los dos primeros papas que se ofrecieron á la vista de *Juan Maria Mastai* estuvieran revestidos de cualidades extraordinarias, sin duda para que la dignidad pontificia, á la que el cielo le tenia predestinado, se le presentara en toda su grandeza.

El martirio de Pio VI excitó en él un sentimiento del respeto mas profundo; el lenguaje del sacrificio es bastante elocuente para que lo entiendan hasta los niños; pero de Pio VII pudo ya el experto infante reconocer los mas minuciosos detalles de su talento y santidad.

La augusta madre de *Juan Mastai* habia adelantado por sí misma la educacion de su tierno hijo: el temor de Dios y el amor á su Iglesia y á su patria fueron las bases en que cimentó la cultura de su espíritu; *Juan Maria* era un perfecto católico en sus ideas, en sus sentimientos y en sus costumbres. La familia creyó llegada la hora de abrirle las puertas de la escuela.

Corria el año cuarto de nuestro siglo, que era el duodécimo de la vida del egregio niño, cuando sus padres resolvieron enviarle á uno de los mas célebres colegios de la Toscana, establecido en Volterra, cuyo profesorado se distinguia por el talento y la integridad.

No eran aquellos tiempos mas á propósito para el tranquilo estudio; el sobresalto estaba en todos los ánimos, porque las instituciones y los pueblos se hallaban bajo la amenaza del hombre que, despues de haber dominado la anarquía de las masas, imponia el yugo de su despotismo á los Gobiernos.

Los corazones sinceramente cristianos naturalmente debian sufrir ante la perspectiva de las persecuciones de que era blanco el Pontificado. Mientras

Pio VII estaba alejado de su familia á causa de su carrera literaria, doble amargura llenó la copa de su corazon sensible. La invasion de Sinigaglia, su patria, por los franceses; el cautiverio del Pontífice romano.

Empero el sentimiento del deber dominaba de tal manera el espíritu de *Juan Maria*, que sabia encontrar recogimiento para la aplicacion en aquel agitado período de la historia de su Iglesia, de su familia y de su patria.

Rápidos fueron los progresos científicos que hizo, en términos que su ilustracion y prematuro talento llamaron vivamente la atencion del comisario imperial de la universidad de Francia, en la visita de inspeccion al colegio librada; porque ya en aquella época la Francia dominaba completamente á la Italia. El ilustrado inspector, al medir la profundidad de las contestaciones y la sutileza de las observaciones del distinguido alumno, no pudo menos de decir al director del establecimiento: «Esta es la mejor joya del colegio; hé ahí un jóven que por poco favorables que le sean las circunstancias irá muy «léjos.»

No se equivocó el perspicaz inspector; el discípulo de Volterra ha llegado tan léjos, que muchos años hace que es ya el maestro del mundo.

Seis años duró la permanencia del jóven Mastai en Volterra, seis años de estudios sostenidos y profundos, seis años que bastaron á ponerle al corriente de los diversos ramos de las ciencias humanas, indispensables para la digna cultura de la inteligencia.

Su mision en Volterra terminó el año 1810; contaba entonces la edad de diez y ocho años.

Salió del colegio en aquella edad en la que debia escoger entre las muchas carreras en que el hombre puede servir á Dios y á la sociedad.

Naturalmente dos caminos se abrian dignos de su predileccion; el de las armas y el del santuario.

Los hombres de cierto temple están llamados á sostener un combate; porque el combate equivale siempre á una defensa, y el que abundancia de fuerzas ha recibido justo es que las consagre á defender los intereses sociales y la armonía entre ellos deseada y establecida por Dios.

El sacerdote y el soldado son los hombres del combate: combate este por la conservacion del orden político y de la justicia social en el campo de los hechos materiales; combate aquel contra los vicios y los desórdenes morales, que, llevando la perturbacion á las conciencias, siembran el tumulto y la conmocion en los pueblos, y que alejando el espíritu del hombre del espíritu de Dios, quitan al edificio social la clave, que con suave presion conserva la armonía en el conjunto de sus elementos.

El sacerdote y el soldado tienen, pues, por mision establecer la paz y el orden por medio de la lucha, que no sin ella puede conseguirse librar al espíritu del hombre de las pasiones que le asechan, y purgar la faz de la tierra de los elementos disolventes que la afean.

El jóven Mastai Ferretti, dotado de extraordinarias cualidades de ánimo, sentíase llamado á emprender un camino influyente. ¿Cuál habia de ser este?

La Providencia, que todo lo dispone con admirable suavidad, quiso cerrar la entrada de uno de ambos caminos, que correspondian al esfuerzo de su ánimo, enviándole una enfermedad terrible y peligrosa, que puso fuera de discusion la superioridad de sus elementos morales é intelectuales sobre los materiales.

El estudio y precoz desarrollo de su corazón y de su inteligencia debilitaron de tal manera su sistema nervioso y menguaron las fuerzas de su cuerpo, que los mejores médicos de su país no pudieron disimular los serios temores que les infundía la existencia del joven Mastai.

Lo crítico de la edad, el prodigo uso que de sus fuerzas había hecho para el estudio, el desequilibrio que se había establecido entre su espíritu y su sangre, habían cautivado de tal modo su cuerpo, que ya puede decirse arrojaba la existencia como pesada cadena.

¡Quizá de aquel triste accidente se valió Dios para inclinar más su ánimo hacia el santuario, donde tan gloriosos destinos le guardaba!

De todos modos, el joven Mastai acudió a la oración y al consejo de los hombres probos, para encontrar la luz que necesitaba, a fin de resolver con acierto el asunto de la vocación, que es siempre el problema más tremendo que el hombre está llamado a resolver.

Su noble familia estaba cordialmente relacionada con Pio VII; así es que le fue fácil llegar al pie de su augusto solio para pedirle la luz de que su alma tan necesitada se hallaba.

Pio VII acababa de regresar de Fontainebleau: fresca aun en su mano estaba la palma de la más providencial victoria que hombre alguno ha alcanzado; Roma entera disfrutaba de la plenitud de la satisfacción por el triunfo de la Iglesia; el Papa recibía las felicitaciones cordiales de las notabilidades romanas, cuando por primera vez el joven Mastai pisó los santos umbrales del Vaticano y compareció ante el venerable confesor de la fe que presidía la universal Iglesia.

Su misión era felicitar al Papa y consultarle.

El consejo de Pio VII fue que, sin descuidar su salud quebrantada, empezara a encaminar sus pasos hacia el altar, desde el que podía servir de mucho a la gloria de Dios y al bien de los hermanos.

Nunca fue, pues, cuestión decidida para el joven Mastai emprender la carrera de las armas; nunca perteneció, ni pretendió pertenecer a la milicia, como algunos de sus biógrafos afirman; la debilidad de sus fuerzas, su enfermedad peligrosa hubieran sido obstáculos suficientes hasta para intentarlo, aunque no le hubiese predominado desde la juventud la idea de abrazar el sacerdocio.

El objetivo de la visita a Pio VII parece que fue obtener la bendición de Su Santidad para el restablecimiento de su salud, y su consejo para el caso de alcanzar el ansiado restablecimiento, sobre la posibilidad de emprender decididamente la carrera eclesiástica.

Eran los días en que la Europa libre del azote napoleónico echaba las bases de un acuerdo para afianzar el orden y la paz, cuando, impulsado por las indicaciones de Pio VII y la solicitud tierna de la condesa Mastai, el joven Juan María encaminó sus pasos hacia Loreto, augusto santuario de la Madre de Dios, que por conservar el modesto tugurio, por el que entró la salud del mundo, con la encarnación del Verbo, es el lugar privilegiado donde van en busca de salud y la encuentran muchos desvalidos.

En aquella casa, en la que descendió de los cielos, *propter nostram salutem*, según canta la Iglesia, el Verbo de Dios, el joven Mastai fué a postrarse y a consagrar, ó mejor, a renovar la consagración que su Madre había hecho a la Virgen de su vida corporal y espiritual.



EL JÓVEN MASTAI FERRETTI PIDE CONSEJO Á PIO VII
SOBRE SU VOCACION.

Importante voto que pudo ser mas trascendental para la salvacion del mundo que los importantes consejos que estaban celebrando los soberanos de Europa; pues ¿qué resta ya de sus acuerdos? ¿qué consistencia han tenido sus resoluciones? ¿Cómo se ha conservado el espíritu de concordia que juraron les habia reunido? Hoy los tratados solemnes del año 1815 no son sino vago recuerdo de una escena histórica.

Y sin embargo el voto de Loreto trasciende todavía y trascenderá en la marcha del mundo.

Si la visita del jóven Mastai á María volvió mas propicia á la que es invocada como *salud de los enfermos*, é inclinó con ella la conservación de su salud, ¿quién podrá medir la importancia de aquel acto, imperceptible á los ojos de los grandes políticos? ¿Hubiera otro Papa desarrollado el magnífico plan de gobierno que Pro IX desarrolló? ¿Hubiera sido tan feliz que le igualara en actividad, en celo, en heroismo? ¿Hubiera creído oportuno adocrinar, sobre todas las cuestiones, las de órden secundario y las de órden fundamental? ¿Hubiera reanimado la piedad con el dogma de la Concepcion Inmaculada, el valor cristiano con la celebracion solemne del aniversario del martirio de san Pedro? ¿Hubiera otro tenido valor para reunir la Iglesia universal frente á frente de la universal incredulidad y oposicion, examinando las mas pavorosas cuestiones, dilucidándolas, defendiéndolas á la luz del criterio católico mas perfecto? Difícil tarea, y podemos decir tarea imposible, á no mediar especiales cualidades por el cielo extraordinariamente concedidas.

La salud del jóven Mastai interesaba á la gloria de la Iglesia, sin que de ello el mundo se apercibiera.

Tiernos sentimientos excitan en verdad el cuadro que presenta á la imaginacion el recuerdo del jóven agostado, prematuramente decrepito, que, avanzando con la lentitud que es el compás natural de la tisis hácia el trono de la Madre de Dios, le ofrece una vida en la que han de apoyar con el tiempo la vida de la justicia y de la virtud tantos millares de almas; interesa contemplar de rodillas, confundido con el vulgo de los peregrinos, el jóven que ha de ver postrado de rodillas á sus plantas el mundo; ¡con qué fe rogaria á la Virgen el que la amaba tanto, que cuando revestido de la autoridad soberana le consagró el mas glorioso de sus títulos, y con qué cariño inclinaria la Virgen el oido hácia el jóven que tanta gloria en la tierra debia tributarle!

¡Qué oracion mas fervorosa la del hijo! qué solicitud mas eficaz la de la madre!

La fe, cuya fuerza alcanza hasta trasladar las montañas, llevó al corazon del jóven *Juan María* el aliento mas eficaz; la oracion, que salia de su alma y se elevaba hasta el trono de la Reina de los cielos, volvia á descender como un sobrenatural rocío sobre su pecho lacerado; la plegaria al salir se transformaba en bálsamo que se derramaba sobre sus heridas y las curaba.

Al regresar de su peregrinacion á Loreto (1) Mastai Ferretti se sintió robusto para emprender su peregrinacion al templo.

(1) El santuario de Nuestra Señora de Loreto es uno de los mas venerados en el mundo cristiano. ¿Y cómo no, cuando fue el lugar donde se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la santísima Virgen María? Creemos oportuno dar algunas noticias acerca de tan venerando lugar. Luego que JESUCRISTO subió al cielo cumplida su divina mision de redimir á la humanidad, su purísima Madre, abandonando la ciudad deicida, se retiró á su casa de Nazaret, donde era visitada por los Apóstoles y primeros seguidores de la ley evangélica, y asistida con el mayor esmero por el evangelista san Juan, discípulo